



AGUSTÍN FERNÁNDEZ MALLO

Escritor, abrió ayer el ciclo «Nueva literatura» en la cátedra Ángel González

«Mis novelas son realistas en el sentido de que quieren mostrar el mundo en el que vivo»

«El best-seller es lectura fácil para los malos tiempos, las sagas tipo Antiguo Testamento están muy aprendidas»

Chus NEIRA

Justo al día siguiente de la publicación de «Proyecto Nocilla», en el que se recopilan por primera vez en un solo volumen las tres novelas («Nocilla dream», «Nocilla experience» y «Nocilla lab») que le dieron nombre y fama de gran revolucionario de las letras españolas, Agustín Fernández Mallo (La Coruña, 1987) inauguró ayer el ciclo «Nueva literatura» de la cátedra Ángel González con una charla en el edificio histórico de la Universidad.

—¿Hablar de «nueva literatura» es un oxímoron? ¿La escritura no es algo propio del siglo XX?

—No, al revés, lo que he escrito y sobre lo que he teorizado intenta hacer una literatura propia del siglo XXI. Entiendo que «nueva literatura» se refiere a las voces que estamos haciendo una literatura diferente, en mi caso primero en poesía, luego en narrativa, que se sale de lo que se venía haciendo.

—¿Pero hasta qué punto la renovación no convierte en «otra cosa» a la literatura?

—No estoy seguro, la historia de la literatura es la historia de una constante renovación. La literatura cambia pero sigue siendo literatura. Lo que no quiere decir que se repitan temas u objetivos. Eso sucede siempre, lo que pasa es que en cada época le pone sus máscaras y las interpreta. Porque si algún valor tiene la literatura es ese, como en cada momento interpreta el tiempo en el que vive.

—En todo caso, ahora mismo renovadores como usted escasean y lo que manda es una literatura más bien conservadora, ¿no?

—Depende de qué hablemos. El mundo best-seller claro que ha arrasado y el «bestsellerismo» no es especialmente renovador de las formas literarias. Si hablamos de otra cosa,

en los últimos diez años ha habido un cambio sustancial en la literatura, llamémosla ilustrada para diferenciarla del best-seller, donde se plantean nuevos interrogantes en nuestros libros.

—Pero durante un tiempo largo se escribió como si se hubieran olvidado las conquistas de décadas anteriores.

—Más que una evolución, entiendo la literatura como ciclos. Y es verdad que desde finales de los setenta hasta los noventa en la literatura española se volvió mucho a las formas clásicas y a cierto costumbrismo. Quizá tenga que ver con la crisis económica, a la que siempre acompaña el miedo y por tanto fórmulas conservadoras. Quizá todo eso pase y vuelvan las experimentaciones.

—¿Eso tiene que ver con el éxito de determinadas sagas?

—Claro, el best-seller es la lectura fácil en tiempos malos. En los malos tiempos vuelves a casa, a las cosas que has aprendido y que te dan seguridad. Esa es la explicación socioliteraria o casi psicológica de esas sagas tipo el Antiguo Testamento que culturalmente están superaprendidas. Lo cual no impide que existan otras cosas.

—¿Usted también cree que la mejor ficción está hoy en las series de televisión?

—Si lo comparamos con la literatura, no, porque no tiene nada que ver una cosa con la otra. Pero si comparamos los niveles experimentales del cine con las teleseries puede que tengan razón. Dentro del «mainstream» las series plantean retos o narrativas más interesantes que el cine.

—¿Pero rechaza comparar narrativa literaria y narrativa audiovisual?

—Totalmente. Eso de ¿qué es mejor: el libro o la película? No hay que



Agustín Fernández Mallo, ayer, en Oviedo. | LUISMA MURIAS

compararlo, son técnicas y maneras de crear totalmente distintas. Puede que en su origen el cine fuese un émulo de la literatura, pero hoy ya no es eso, es algo estrictamente visual.

—Lo audiovisual es una influencia declarada y querida en su obra.

—Lo que me influye es mi contemporaneidad, mi entorno, lo que vivo, lo que leo, lo que escucho. El asunto está en cómo traduces todo eso en palabras. Lo difícil, dicho de forma algo pedante, es saber gestionar toda esa complejidad para ampliar campos semánticos del mundo.

—Hablemos de la fragmentación, signo de los tiempos. ¿Cierro?

—Hay mucha confusión en eso. Nada puede estar absolutamente fragmentado porque el cerebro no podría entenderlo. Que algo tenga una forma fragmentada no quiere decir que sea fragmentación total. Mis novelas, en este sentido, están recorridas por metáforas, hilos poéticos, que dan unidad al conjunto. No son piezas sueltas. ¿Hay fragmentación? Claro, pero no más

que en el día a día de cada uno.

—Un intento de plasmar el mundo real tal y como lo percibimos.

—Es que es realismo. Mis novelas son realistas en el sentido en que quieren mostrar el mundo en el que vivo.

—Hay otra fragmentación, la de las nuevas tecnologías. Dicen que las nuevas generaciones no podrán seguir ya cursos lineales, no fragmentados.

—Descreo de cualquier teoría apocalíptica de la ideología que sea y lo combato con antropología: si todo fuera tan mal, el ser humano se habría extinguido hace tiempo. Está claro que la lectura cambiará. ¿Para peor? No. ¿Para mejor? Tampoco. Es lo que hay. De la misma manera que un día se inventó la imprenta y cambió. La humanidad muta y no creo que sea dramático. Es cierto que si cojo mi libro de texto de Filosofía de tercero de BUP un chaval hoy es incapaz de seguirlo. Pero hacen cosas que yo no hacía a su edad y tienen conexiones neuronales que yo no tengo. Por lo tanto, apocalipsis, ninguna.